

Prólogo

A diferencia de los antiguos, nosotros *ya no pensamos casi en* los muertos, a los que la Ilustración transformó en una especie de cosa en sí que admitimos pero no conocemos, y a la que negamos toda fenomenalidad. Hoy sabemos cantidades de cosas acerca de personas ajenas a las que ni siquiera conocemos (los actores de la política mundial, los grandes millonarios, la gente de la farándula, etc.). Pero ¿quién es capaz de enunciar su propia genealogía?

En nuestras decisiones cotidianas raramente desempeñan un papel nuestros ancestros. Hemos relegado al olvido a nuestros muertos. Es verdad que ya no les tenemos miedo y que, a diferencia del hombre primitivo, no transformamos ese temor reverencial en una forma de veneración religiosa. Pero ¿no habremos ido demasiado lejos al expulsarlos casi por completo de nuestras vidas?

Temidos o invocados, rehuidos o buscados, los muertos estuvieron siempre presentes en la consciencia de los hombres. El olvido y el silencio al que los condenan nuestras sociedades secularizadas no se limita a cortar los presuntos puentes que unían a los vivos con los seres del más allá, sino que acaba por eliminar la idea misma de un más allá.

Convencidos de que las apariciones de los muertos no son más que ficciones o alucinaciones, desfasadas creencias supersticiosas,

cuentos de campesinos y sobre todo de viejas, pasamos por alto que un filósofo como Platón no solo acepta como un hecho cumplido las manifestaciones fenoménicas de los muertos, sino que pretende explicarlas en términos a la vez éticos y metafísicos.

La tendencia imperante hoy atribuye, en cambio, las apariciones al fraude, la ilusión engañosa o el desequilibrio mental. La percepción de espíritus se asocia con la locura, el delirio, el consumo de alcohol y de drogas, la ansiedad, las expectativas, la sugestión, la obsesión, los remordimientos. Lo que se toma por apariciones de los muertos no es más que el fruto equívoco de una conciencia culpable, el resultado de ansiedades, imaginaciones calenturientas, ilusiones y sueños de gente ignorante que ha escuchado o leído demasiadas historias de fantasmas. No faltan, sin embargo, quienes consideran que las apariciones, aunque tienen su origen en nuestra mente, no se manifestarían de forma tan convincente si no contarán con la cooperación de algo ajeno y externo al que las percibe.

En todos los tiempos, las apariciones de espíritus han sido afirmadas y refutadas con pareja obstinación. Desde Demócrito de Abdera, todos los materialistas han negado la existencia de fantasmas; y el hecho de que la mayoría sean vistos por una sola persona o por personas diferentes pero en distintos momentos, habla ciertamente en contra de su realidad. Faltando la evidencia, los hombres de ciencia consideran que los fantasmas son o un error de interpretación o un engaño.

Como casi todas las creencias, también la que sostiene la existencia de fantasmas se basa en testimonios. En palabras del marqués de Sade:

«... la cosa del mundo a la cual los filósofos otorgan menos fe es a los aparecidos. No obstante, si el caso extraordinario que voy a contar, caso certificado con la firma de muchos testigos y consignado en archivos respetables, si ese caso, digo, y teniendo en cuenta

esos títulos y la autenticidad que tuvo en su tiempo, puede volverse susceptible de ser creído, será necesario, a pesar del escepticismo de nuestros estoicos, persuadirse de que si todos los cuentos de apariciones no son verdaderos, al menos hay acerca de eso cosas muy extraordinarias».

Lo que sustenta esta inveterada creencia es algo muy serio: la convicción de la inmortalidad del alma, el afán del hombre por tender puentes entre la vida y la muerte, el anhelo por anticipar el más allá. El fantasma no es el producto frívolo de una fantasía alocada y caprichosa; es el resultado de un trabajo de duelo que no se desarrolla debidamente, de una alteración de los ritos de paso, de una perturbación de la memoria del difunto, que entorpece el olvido y la separación. Las apariciones son un tema serio y recurrente, objeto de especulaciones... y de experiencias.

Los fantasmas nos ofrecen un destello de lo desconocido. Esto explica que el interés de los vivos por los muertos sea tan inextinguible como insaciable. Independientemente del tipo de existencia que el fantasma posea, independiente de si existen fantasmas «ahí afuera», la experiencia de ver fantasmas, aunque no es universal, es una experiencia humana no exenta de atractivos y cargada de promesas.

El fantasma es además un reflejo del viviente: no solo de sus deseos y temores, de sus angustias y esperanzas, sino también de sus costumbres, de sus valores, y ello tanto en el plano individual como en el social. Los fantasmas reflejan la época, la moral y la cultura en la que nacen, pero no son sin más un producto domesticado de la ideología imperante. Para preservar su identidad no dudan en romper con las ideas al uso y aun con los imperativos de la religión. Es el caso de los tercos e innumerables fantasmas británicos, que forman parte de su patrimonio cultural, y se entienden como apariciones de los muertos, al margen de la concepción impuesta por la Reforma.

Y es que hay cierto apego cultural y étnico a los propios fantasmas. Kafka lo expresa en este diálogo:

«—Resulta notorio que usted todavía no haya hablado con fantasmas. De ellos no se puede recibir nunca una información clara. Todo es un divagar aquí y allá. Esos fantasmas parecen dudar de su existencia más de lo que nosotros lo hacemos.

—No obstante —le grité—, si me quita a mi fantasma, hemos terminado y para siempre».

Hoy se insiste mucho en que los muertos no tienen más existencia que la que los vivientes les otorgan en el imaginario individual o colectivo, y se considera al fantasma como un mero objeto cultural que se constituye a medida que circula. Con todo, como señala Daniel Defoe, no hay que perder de vista que, aunque los fantasmas y las apariciones existieran solo en la mente de los que los perciben, el hecho de esa existencia es una realidad social e histórica insoslayable.

Según los tiempos y los lugares, la creencia en fantasmas es más o menos mayoritaria o minoritaria, goza de aceptación social o está desprestigiada. Pero nunca desaparece del todo. Esta creencia ha acompañado al hombre desde siempre, y por muchos esfuerzos de la ciencia y la razón por extinguirla, no parece probable, ni siquiera posible, que algún día desaparezca por completo. «La creencia en fantasmas es congénita al hombre —asegura Schopenhauer—; se encuentra en todas las épocas y en todos los lugares, y quizás ningún hombre esté del todo libre de ella».

En efecto, frente a la caducidad y el particularismo de tantas y tantas creencias, frente a su falta de vigencia social, llama la atención la persistencia y universalidad de la creencia en fantasmas. Aun en tiempos escépticos como los nuestros, siguen causando inquietud y despertando interrogantes los testimonios de personas sanas, instruidas y cuerdas que aseguran haber tenido

algún contacto con el más allá. Ni la urbanización ni la industrialización han podido borrar la creencia en fantasmas. Estos, si bien se transforman al hilo de los tiempos, nunca desaparecen del todo. ¿Cómo podría desaparecer aquello cuyo ser consiste precisamente en aparecer?

En nuestra época posmoderna, en buena medida romántica, asistimos a un despertar del interés por los fenómenos paranaturales: espectros, vampiros, hombres-lobo. La explotación comercial del fantasma, de vieja data, se recrudece en el siglo XVII y está hoy a la orden del día. Las habitaciones presuntamente encantadas de hoteles y pensiones se cotizan en alto, los *tours* de lugares donde se registra actividad paranormal se formalizan, las páginas de internet se multiplican. Mucha gente instruida, civilizada y urbana del primer mundo cree hoy en fantasmas, y está en boga el turismo de lugares encantados¹. Por las calles de Londres circula en la noche del sábado un autobús negro que va tras las huellas de los célebres y casi siempre centenarios fantasmas de la ciudad. Existen también los *tours* peripatéticos, naturalmente nocturnos, que van de un lugar encantado a otro, bajo la guía de alguien que cuenta truculentas historias de fantasmas en las que abundan la intriga y el crimen. Estos relatos, más o menos transfigurados por el miedo y la fantasía, ofrecen un asomo a la rica historia del Reino Unido.

Desde tiempos inmemoriales, los fantasmas inquietan y fascinan al hombre. Hoy están presentes, suscitando un dulce y placentero terror, en la literatura, en el cine, en la televisión, en los juegos digitales, en internet. Y son muchos los que aún se turban ante la posibilidad de que, fuera de esta existencia ficticia, haya algo más... Como dice alguno, «yo no creo en fantasmas, pero que los

1. Recientemente, la Fundación Templeton destinó cinco millones de dólares a la investigación sobre la inmortalidad y las experiencias cercanas a la muerte.

hay los hay». Hoy las noches del invierno están colonizadas por el entretenimiento y la tecnología, que lejos de desterrar las historias de fantasmas, les sirven ahora de vehículo. Asistimos a una profusión de juegos, películas y series de televisión cuyos protagonistas son muertos liberados, o bien de la carne, o bien de la tumba.

«El secreto del mundo –asegura Emerson– es que todas las cosas subsisten y no mueren; sólo se apartan un poco de vista y después retornan de nuevo. Nada está muerto; los hombres se fingen muertos y soportan funerales que son simulacros y obituarios luctuosos, y helos ahí, de pie, mirando por la ventana, sanos y salvos, en un nuevo y extraño disfraz».